

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

Norbulingka, palacio de verano del Buda viviente

VARIAS veces, después de nuestra visita al Palacio Potala, en el corazón de Lhasa, la capital tibetana, nos ofrecieron llevarnos a conocer el famoso y secreto Norbulingka, palacio de verano del Dalai-Lama; pero las promesas no se concretaban y tuvimos que insistir e insistir para que se nos abrieran las puertas de ese reino prohibido a los extranjeros. En otras épocas, según se nos hizo notar, habría sido imposible obtener tal autorización. Pero los tiempos eran otros, y el oído menos atento oía derrumbarse cábales, mitos y tabús tan viejos como los siglos.

Allá fuimos y entramos al sagrado recinto rodeado de espesos muros que antojaban ser parte de las mismas rocas, así son de antiquísimos, muros abiertos que forman una gran cintura al palacio, y sitio al que la multitud penetra y por donde deambulan en peregrinación masas de hombres y mujeres vestidos con clásicos trajes tibetanos, y todos tocados con los enormes gorros de piel que les hacen verse más altos. Después de esta parte, de esta inmensa explanada circular, se encuentra un segundo recinto de muros dorados, con dos enormes puertas rojas, donde se hallan los jardines y los departamentos del Dalai-Lama. A lo lejos, entre el vocerío de los peregrinos que caminan en redor de este segundo círculo dorado, alcanzamos a oír el ruido del agua, el vuelo inquieto de algunas aves, palomas sin duda, y el grito de los pavos reales. Hasta allí no era dable penetrar. Bastante habían gruñido los sacerdotes exigentes ante la presencia de extranjeros en los límites sagrados de Norbulingka. Y comprendimos entonces la diferencia entre aquellos guardadores resueltos de la ley y las costumbres, de las tradiciones del Tibet, y la flexibilidad majestuosa de los servidores de palacio, quienes posiblemente intuían, adivinaban que otra época se abría para aquel país hasta ahora encerrado en la contemplación de su ombligo.

Nos vimos en las manos algunos de los frutos de los preciosos árboles del divino señor que a la sazón no estaba en persona, andaba viajando por la China y la India, pero se sentía en esencia religiosa del ser Imanante. Allí, adosada a los muros dorados, se ve una plataforma, en la que se dan las representaciones teatrales más diversas, desde el monólogo hasta el ballet. Ahora hay un grupo de personas que hablan entre ellas, que lo recorren contando sus pasos, que se vuelven a uno y otro lado, avanzan, retroceden, y desde luego, antes que el intérprete nos lo advierta, vemos que se trata de actores que están representando sus papeles para futuros espectadores. El Dalai-Lama asistirá a las representaciones, desde un balcón situado en el segundo piso de su residencia, jamás nadie colocado más alto que él, detrás de una cortina de seda amarilla. Y por eso ninguna diferencia existe

entre que esté o no esté en el palacio, porque permanece siempre invisible. Su presencia se siente, pero no se ve. Un grupo de soldados de la guarnición cercana pasa y se detiene a presentar armas frente al balcón cubierto por el llenzo amarillo. Se sabe que no está, que anda viajando, pero para estas gentes sí está. Uno de sus atributos, como ser divino, es la ubicuidad. El intérprete nos cuenta que en el interior del recinto más preñado, que atisbamos por las dos puertas, además de árboles frutales, están las aves de cetrería que acompañan al Dalai-Lama cuando se desplaza por el país. Estas aves son llevadas por halconeros, sueltas. Pero otras van en sus jaulas, pájaros de gargantas preciosas que han sido enseñados a cantar, mientras la litera en que viaja el Supremo Buda es llevada a paso rítmico por treinta y seis hombres vestidos de trajes de seda verde y tocados con gorros escarlatas. Estos treinta y seis hombres portadores de la litera del Dalai-Lama se conceptúan nobles de cuarto rango, y se han especializado en la marcha rítmica, a fin de que la litera vaya siempre con el mismo movimiento, sin golpes bruscos.

Pero volviendo a la actividad de este palacio, pensamos que se reparte entre los jardineros, los religiosos y los comediantes, y acaso por eso el Dalai-Lama actual lo prefiere al palacio de Potala, que da más la impresión de una fortaleza, de una cárcel. Flores, ricos frutos de sus huertos y jardines, algunos a la vista, otros ocultos en la ciudad prohibida; oraciones interminablemente murmuradas, monótonos coros, escalas en sordina, turbulencias de verdaderos gritos pavorosos, lamentaciones de muros invisibles, toda la gama mística sonora de los lamanistas; y actores y payasos que alternan sus representaciones, combinando así lo serio y trascendental con la farsa cómica, con la imitación a personajes conocidos, y toda clase de mimos. El intérprete nos cuenta que en estas alternativas se pasa del teatro más severo y ejemplar al casi pornográfico en cuanto a su vocabulario. El mimo corta con sus palabras o contorsiones graciosas la monotonía de la pieza seria, trascendental, y el público asistente, envuelto en sus pieles, cubierto de amulejos, igual ríe que llora.

Inquirimos de nuestro guía si en estas obras teatrales se hacen críticas políticas. No exactamente, nos responde, pero sí se critica a los monjes barrigones de los monasterios que en el dormir y en el comer se han olvidado del «dgañ idan yul», o sea, el paraíso lamánico, de la inestabilidad de todas las cosas visibles, de la inexistencia del mismo yo, ya que, en verdad, la vida no es sino un sueño de las estrellas titilantes, de las aguas pasajeras, de los mundos rodando en el vacío...

¿Y qué se dice, insistimos con nuestro intérprete, de esos

monjes ventrudos, ombligo al aire, bigotes caídos, terriblemente parecidos a imágenes deformadas en espejos cóncavos?

«Se dice, nos responde muy en serio, que esos monjes prefieren la grasa al té, mientras los "trapas" (o alumnos) se ven obligados a tomar té y no probar la grasa...»

La acusación debe ser muy grave, tal cara puso el intérprete; pero nosotros no entendimos, hasta que éste nos explicó que los ventrudos de los monasterios cuando se les sirve el té, piden mucha grasa, mucha mantequilla, y sólo eso se tragan, en tanto que los pobres iniciados, o monjes flacos, tienen que aceptar, aunque tengan hambre, el agua de té bebido de corrido...

Nos da otras informaciones respecto a Norbulingka. Fue construido a iniciativa del séptimo Buda Viviente, que es el mismo que el actual, sólo que su séptima encarnación, y terminaron los trabajos durante el declinoterce Buda Viviente, que es el mismo sólo que en su decimotercera encarnación, el mismo que inició su construcción hace siglos. Es difícil manejar este idioma de la permanente persona a través de múltiples y sucesivas encarnaciones.

Y luego, más en secreto, nos cuenta que en Norbulingka había un prisionero que fue liberado a la llegada de los chinos comunistas. Desde luego creemos que se trata del decimocuarto Dalai-Lama, del actual muchacho que ahora viaja por la China y la India, rey y dios de los tibetanos. Pero el guía mueve negativamente la cabeza, y nos ve con los ojos enigmático y de sus labios va surgiendo una sonrisa de picardía...

El prisionero tenía cuatro extremidades..., nos dice, y con los dedos de su mano derecha, ocultando el pulgar, nos subraya que tenía cuatro

Un tigre... le respondemos... Mueve negativamente la cabeza... Un león... Tampoco... Un elefante... Si, dice, elefante hubo, dos elefantes blancos le obsequiaron al Dalai-Lama en la India, pero no estaban prisioneros... no lo liberaron los chinos...

Al vernos preocupados por no dar con su acertijo, la cortesía asiática le obliga a darnos la clave del enigma: el prisionero era un automóvil, un automóvil con cuatro ruedas, que el Buda Viviente, anterior al actual, y que es el actual, sólo que en su anterior encarnación, trajo del extranjero, para su uso, bien que no pudo hacerlo, por la oposición del alto clero... Pero no pudo marchar el prisionero, nos aclara el guía y agrega: ¡Muchos años guardado!... ¡Murió de estar guardado!...

Baja los párpados, y luego nos encamina hacia la salida del palacio de verano, que hemos visitado durante todo un día. En nuestra libreta de viajes, como un cascabel sonando, quedó escrito su nombre: Norbulingka

Miguel Angel ASTURIAS
(Premio Nobel)

EL RASTRO ASCENDENTE

LOS ABUELOS DE CADA CUAL

TODOS descendemos del antropoide inicial, por supuesto, y ese remotísimo antepasado común, en su pura hipótesis mitológica o científica, ha servido y sirve de referencia más o menos igualitaria cuando se producen momentos de efusión y de disputa entre las dispersas tribus humanas. De hecho, así ha ocurrido a lo largo de los siglos. Los que pertenecemos al área del Génesis —judíos, cristianos, moros— nos remitimos a Adán, por ejemplo. De una manera vaga, estrictamente teórica, pero asertiva, todos los hombres se reconocen «hermanos», porque eran «hijos de Adán». La figura del Primer Padre ha recibido, en los últimos tiempos, una tremenda devaluación. Del respetable individuo apolíneo que todavía imaginó Miguel Angel hemos pasado a las formas simiescas, torvas, de una fealdad sobrecogedora, reconstruidas sobre los huesos de Cromagnon o de Neanderthal. El cambio se consumó un poco a regañadientes, con lentitud y con amargura: lo que en Darwin pareció una conjetura casi sacrilega acaba en el padre Teilhard de Chardin con una explicación de nuevos tornasoles teológicos, pero la aceptación es general. La cosa, desde luego, no altera el planteamiento de principio: la «fraternidad» antropológica.

La noción de «familia», por consiguiente, permanece intacta como esquema interpretativo, y, más aún, como evidencia histórica, para entender la ambigua realidad de nuestra «especie». La palabra «abuelo», tan maquiavélica en nuestros usos cotidianos, sigue siendo la clave del asunto. Al fin y al cabo, la vida de los hombres es «herencia» —y no se me tome a mal la frase—: los artefactos que van a la Luna y Piero della Francesca, «Hamlet» y las computadoras, el pincel de Tápies y las partituras de Vivaldi o de

Alben Berg, el vino y la aspirina. Mer y el transistor, la bomba atómica y el pulmón de acero. Y todo lo demás. La cosa se ha dicho y repetido muchas veces. De abuelo a abuelo, remontándonos a través de centurias, de milenios, llegaríamos al cavernícola o al bosquimán más rudimentario. El paleolítico superior está a la vuelta de la esquina, si bien se mira. Y cada cual, usted y yo, tiene su abuelo en aquellas alturas. Se trata de un abuelo innominado, ininteligible, confuso, pero de una total obviada. De sus esfuerzos conyugales somos consecuencia nosotros. Todos los «árboles genealógicos», si pudiesen apurar las noticias, nos conducirían a la cueva o a la selva de los presuntos «comienzos». Seguro.

La cadena de las generaciones, la serie de los abuelos sucesivos, sólo consigue investigación y comentario en los casos insignes. O bien en bloque, cuando se estudia y se recuerda la trayectoria acongojada de una colectividad, o bien por estirpes muy determinadas, distinguidas por una u otra razón. Cuando se atiende al proceso humano global, la idea de «abuelo» se difumina bastante: a nadie se le ocurre pensar que uno de sus antecesores en línea directa, alguien de su familia, estuvo en la batalla de las Termópilas, en la hecatombe de la peste negra o en la construcción de una catedral gótica. Pongo estas posibilidades, y podrían ser otras distintas, asimismo notables. Los linajes opulentos, por el contrario, han tenido la oportunidad de precisar su articulación. Es lo que llamamos «aristocracia». Todo es una cuestión de documentos: papeles de cancillería, de oficinas notariales, de curias. Hoy vivimos empapelados: la Administración nos sometió a innumerables registros burocráticos, a fichas, a carnets, a es-

trictos, a censos. En otras épocas, sólo las personas importantes entraban en este juego: los que hacían testamento, los que obtenían privilegios reales, los que convenían compraventas de gloriosa entidad. Quienes proceden de esta capa social pueden «rehacer» su genealogía: puntualizar, con nombres y apellidos, el rastro ascendente de sus abuelos, uno tras otro, hasta desembocar en el vacío de los archivos. Un marqués da la impresión de tener más abuelos que un labriego o un obrero: sólo tiene más «documentos». Los abuelos existieron, simultáneos y fértiles, para unos y para otros, para nobles y para plebeyos. Como es natural.

La ventaja del señor cuyos «ancêtres» ingresaron en la escritura —en las «escrituras»— es que él puede abrumarnos con el detalle conciso de su «familia». Digo «ventaja», y es una manera de hablar. Los que procedemos de estratos subalternos hemos de resignarnos a cálculos vaporosos e inverificables. Todavía, y gracias a los eclesiásticos de Trento, logramos fijar una relativa «genealogía». Creo que a raíz de Trento, las parroquias empezaron a llevar nota de bautismos, matrimonios y defunciones. Muchas de estas libretas han perecido con la humedad y con el fuego que, sistemáticamente, se han cernido sobre las sacristías de estas latitudes. Pero lo que quedó ha sido de provecho para establecer fechas y parientes de escritores y de artistas, de filósofos y de médicos, que alegran la panoplia cultural del país —de cualquier país. Es poca cosa, en definitiva. Y sigue en pie el problema del abuelo, de los innumerables, inablemente numerosos abuelos que cada uno de nosotros tiene sobre las costillas. Cuatro por barba, de entrada. Y cada uno de ellos contó

con cuatro más. Y así sucesivamente. La multiplicación resulta alarmante. Rara vez pensamos en ello, ni falta que hace, por descotado; pero es, como digo. No está de sobra reflexionar acerca de esta profusión de «antepasados» anónimos: fantasear acerca de sus peripecias inescrutables. Hay muchas maneras de pasar el rato, y una puede ser esta.

Cuando no median «documentos», las suposiciones se ofrecen con una extraña, alucinante sugestión. Yo conocí a mi abuelo, y él al suyo, y el contacto inmediato, de viva voz, me coloca ante las guerras napoleónicas, o casi. A partir de ahí, sin embargo, el cálculo y el dato se diluyen y complican. Todos los actuales habitantes del planeta, pobres o ricos, letrados y analfabetos, rústicos o urbanos, tuvimos un abuelo contemporáneo de Tutanjamón, y otro que coincidió en el calendario con Chenguis-Jan o con Atíla, y otros más, que pudieron ser súbditos de Carlomagno, de Felipe el Hermoso, de Wamba, de madame Pompadour, de César Borgia, de Robespierre, de don Ramiro el Monje o del moro Muza. ¿Qué diablos harían mis centenares de abuelos y abuelas del siglo XVI? Me lo supongo: labraban la tierra, manipularían algún telar doméstico, irían de un lado para otro en tal o cual guerra forzada, cocinarían, zurcirían la ropa, se reproducirían, y aquí estoy yo para certificarlo, acudirían a misa los días de precepto, morirían en paz y gracia de Dios.

¿Qué pinta tendría mi abuelo de la Edad del Bronce? ¿Dónde viviría, qué abrupta aventura de emigración fue su suerte?... Mi abuelo cromagnon... Bueno: será preferible abandonar las cábales...

Joan FUSTER

TOWER FRIO COMERCIAL E INDUSTRIAL

PONGA SU NEGOCIO AL DÍA Y OBTENDRÁ MAS BENEFICIOS

- Cámaras Walk-in (desmontables y ampliables)
- Cámaras conservadoras de pan y pastelería
- Vitrinas, armarios y mostradores

49.000 ptas. 37.400 ptas.

Calle Sans, 57
Tel. 243 43 05
Barcelona - 14

Sr. Dn.
Calle: N.º:
Prov.
Deseo recibir amplia información sin ningún compromiso por mi parte

Servicio Post Venta, tel. 207 87 00

CARRETILLA ELEVADORA AUTOPROPULSADA DIESEL
CARGA 750 KGS. ELEVACION 3.25

Ptas. 168.750.-

COMERCIAL ADOLFO ALVAREZ S.A.
CONSEJO DE CIENTO. 409
BARCELONA-9 - Tel. 245.27.13
APARCAMIENTO EN NUESTRO LOCAL

bit/esi

CENTRO ESPECIALIZADO EN INFORMATICA

SEMINARIOS DE PROGRAMACION ORDENADORES

- Inicio: 16 de Febrero
- Plazas limitadas
- Formación eminentemente práctica

INFORMES MATRICULA: SERESCO, S.A. - Rda. San Pedro, 33 - Horario de 17 a 21 h.
BIT, S.A. - Manila, 49, bajos (Es. Capitán Arenas) - Horario de 9 a 21 h. - Tel. 203.68.50